

JORGE  
ENRIQUE  
ADOUUM

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Jorge Enrique Adoum nació en Ambato el 29 de junio de 1923. Se educó en el Colegio San Gabriel de Quito. No siguió ninguna carrera universitaria y, más bien, buscó trabajo empleándose como secretario del Sindicato Ferroviario y en la redacción de la revista *Oasis*, que editaba el Centro Juvenil Árabe. En esa revista publicó sus primeros ensayos poéticos y una pequeña antología de poetas del Grupo Madrugada, con el seudónimo «Ricardo Ariel». Posteriormente viajó a Chile donde fue secretario de Pablo Neruda y se enroló en las filas de izquierda. De regreso al Ecuador ocupó el cargo de Director de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y fue un gran impulsor de la revista *Letras del Ecuador*, que edita la Institución.

En 1952 ganó el Primer Premio en el Concurso Nacional de Poesía con su libro «*Cuadernos de la Tierra*». Poste-

riormente, en 1960, obtuvo el Primer Premio continental otorgado por la Casa de las Américas, Cuba, con su poema «Dios Trajo la Sombra».

La vida le obligó a ejercer cargos como el de Jefe de Talleres Gráficos de los Laboratorios LIFE y Jefe de Publicidad de la Columbia Pictures, en el Ecuador. Ha viajado por varios países de Europa, el Cercano Oriente y Asia, residiendo actualmente en París.

Ha publicado los poemarios «El Libro que Diviniza», «Las Llaves del Reino», «Ecuador Amargo», «Los Cuadernos de la Tierra», «Dios Trajo la Sombra», «Notas del Hijo Pródigo», «Relatos del Extranjero» y «El Dorado y las Ocupaciones Nocturnas». Editó además el libro «Poesía del Siglo XX», donde se consagró como un crítico sobresaliente. Ultimamente estrenó en Europa una obra de teatro sobre la Conquista.

De este poeta, cuyas producciones están dedicadas a cantar a la Patria y a su pueblo, damos, en esta vez, dos hermosos poemas que ratifican su posición de hombre y artista.

**BARAJA DE LA PATRIA**

Patria, golpeada patria, establecida  
desde el océano a las cosas: yo amé  
tu forma muerta, la estatua errante  
de tu polvareda, el cuenco de tu mano  
terriblemente joven que nos toca. Y de repente,  
del húmedo fondo de donde el campesino  
levanta su mercado semanal, yo alzo  
para tí la huella descalza de tus hijos,  
la sandalia del inca, la pisada  
del conquistador sobre el azufre.  
Porque como un resucitado, lleno  
de vegetales barbas y de tiempo, no soy  
sino tu traje de piel y de palabras, sino  
la fotografía del que cayó primero, amándose  
como pudo, contra el metálico monje de las armaduras.

Cuando pregunto por tu origen, los cántaros,

los escudos, las murallas sostenidas, el eco  
de lo que fue tu indígena silencio antes  
de la cruz y los caballos; pero te reconozco  
en la cabuya y sus espadas secas, he sentido  
tu cadera de bosques temblar en las carpinterías,  
recuerdo nombres enterrados con sus herramientas  
y me basta la altura de tus musgos sin urgencia.

Si la mañana empuja su cerveza al mediodía,  
si en la garra litoral del mangle hunde  
su garra el puma, si la ola de arroz enarbolada  
por las plantaciones, asciende la escalera  
de greda y de granito, es en la orilla  
de petróleo y tiempo, es en tu mar  
dolido, lleno de sangre anual, de asesinadas  
construcciones, en donde busco para saludarte  
el sombrero sin paz del ahogado, su idioma

olvidado en tus raíces.

Cómo no amar tu límite que asaltan la madera mojada, el mar y el vecindario; cómo no amar tu pobre pueblo, su hierbabuena heráldica que al aire turba; cómo no regresar a las hilachas de tu costa, a tus canales con su baraja transparente de sal y territorio, si Agosto me echa viento y polvo de la patria a lado y lado, si en medio voy besando su camisa de arena, desgarrada en tus desgarraduras.

Cuando este viento te lame la cebada, cuando este canto se riega en mis papeles, tú me gritas que vuelva a tu nave frutal encajonada, te siento, están contando tus cereales sin número, y vuelvo y digo

tu nombre de línea y de varón sobre el pétalo débil del harapo y sobre tu abundancia ciega, recojo tus pedazos, tu difícil y suelta geografía: el volcánico templo y la copa de vaho, la zona donde el algarrobo crece su desnudez nocturna, la alta sementera de aldeas y de indios. Y hay un dintel de espuma y de intemperie, hay un agua original que sobre sí se dobla y que abren con su ataúd sin algodón los panaderos y con su barca hambrienta y de redes murales el archipiélago súbito de tus marinerías.

La patria es una fiesta larga que interrumpe el azar, la diaria cacería, la ceniza: de pronto, cómo no amar tus huertos y su vestido verde, si como goterón de sueño persistente cae

el silbo del andamio y tras él el albañil  
a su velorio; cómo huir de un día tuyo, lleno  
de duraznos y navíos, y no sufrir de tí por todos  
lados, y no salir a encontrar tu aurora,  
lo que te debe el tiempo desde la edad  
del buey que hunde sus pezuñas en la Biblia.

Patria, si amarga casi siempre, dulce patria  
cada día, dulce recuerdo de una enredadera  
de ventanas y azúcar; ira por la piel que ortigan  
con leyes y monedas; rumor de río oral  
cuando ruegan al sur por la llovizna; ancha  
experiencia de los trenes que a diario recomienzan  
tu memoria, toda de polvo y lana, toda de piedra  
y nube:

sobre tí, dimensión de lodazal y sangre,  
estás tú, contramar de amor y estrella.

**UNA NARANJA PARA  
JUAN JOSE**

I

Ayer, 20 de Agosto, por la tarde,  
«el indígena Juan José Chicaiza  
quiso tomar una naranja que cayó  
de un camión; Pedro César Ayala  
le dio un puntapié que le quitó la vida». Lo dice «El Sol» esta mañana, y he leído la sangre cuatro veces, y he mirado sin urgencia la sedienta dentadura de donde habrá salido el alarido, y sobre el pecho del cadáver, la naranja.

Este hombre era igual a sí mismo  
y a nosotros: por su historia  
agrícola, por su amorosa entrega  
de esposo a la ancha cadera de la tierra.

En otro tiempo la lechuga le desdobló  
sus páginas, le obedeció el maíz,  
fue el verdadero padre de la hierba.  
Y cuando el suelo, ajeno después de la violencia,  
echaba a luz un vendaval de trigo,  
Juan José siguió amando a las raíces,  
preguntándoles la razón de su silencio,  
hacía sombra para la hierbabuena,  
humedad para el musgo, y combatía  
a las tribus errantes del granizo.

## II

Juan José, ya viudo de tierra,  
bajó con sólo la ciencia herida  
de sus manos. El hizo la ciudad  
día por día, añadiéndole un hueso

a cada piedra, un brazo a la columna,  
dándole un hijo para la estrella  
de la plaza, o una noche hurtada  
a su mujer en vela.

Así fue sembrador  
y constructor a un tiempo, pastor  
de acueductos y sembríos, arriero  
de ruecas y de estrellas. Lo anuncianban,  
desde lejos, un olor a tapias, un goterón  
sobre la sed abierta del templo y del ladrillo,  
una mancha de hoja intacta sobre el pecho.

Ya no tenía sino hebras de canción  
y de venado: tierra y muro, agua  
y dialecto (la triste geografía de otra  
época enterrada bajo el álamo), no eran  
sino países que le pertenecieron

y que necesitaba. También la luna  
le hizo falta: la ajena, inaccesible  
luna de la naranja que él había encendido  
como un astro verde para el mediodía, llena  
de sus señales personales, desde el manto  
cumplido de la cáscara, hasta la garra  
remota de la espina.

Pero lo han matado  
con una coz de odio desbocado,  
sin darle tiempo a que pudiera  
preguntar un hombre, buscarse un número  
en los bolsillos, decir que Agosto  
está de nuevo entre nosotros,  
y el puntapié rebota de hombre  
en hombre y nos está goteando  
—golpe y eco, coz y ácido—  
en mitad del pueblo y territorio.

### III

Este hombre solía caminar sobre su tierra  
suya y ni el aire ponía más distancia  
entre su pie y el suelo. Solía contar,  
una por una, las naranjas que pisoteó  
el ganado, las que la hartura abandonó  
a su olvido, una por una las que arrojaron  
a las telas abiertas del océano, una  
por una las que —sobrandonos— nos faltaban  
en la rabiosa tarde del estío.

Puedo escucharlo, doblarme con su vientre  
sacudido, oír el puntapié, su sed  
de cuero me seca el fondo del corazón,  
me recuerda sucesos repetidos, maldición:  
así murió Manuel cuando cogía

su tembloroso arroz desde las aguas,  
y así Jacinto cuando en la mano opaca  
pesó la eternidad de su petróleo,  
y así han matado a Luis, Ramón, Emilio  
porque en los puños recobraban  
un terrón de su terreno en territorio propio.

Juan José ¿preguntas todavía de quién  
era ese fruto? ¿De quién es la ciudad sino  
del que la engendra con su arena y sufre  
como tú su hambre y su gobierno? ¿Hasta cuándo  
estaremos recogiendo lo nuestro desde  
el suelo? ¿Hasta cuándo estarán caídos  
el pan con nuestras iniciales y el arma  
con que enterraron al abuelo?

Y nadie  
vio tu esperanza en tu cocina o en el día

siguiente, nadie pregunta la hora de la tarde,  
ni advierte tu paz pegada al paladar  
desde hace siglos, desde cuando construyes  
sin mirar el disturbio, siembras muriendo  
con toda tu familia, retomas la cáscara  
y aún la besas, aun haces las cosas,  
aun haces los lugares pronunciando  
tu oficio como un nuevo apellido.

#### IV

Juan José, también eres la patria  
que nos trizan a coces. Un día, mejor  
que cuando establecías tu raza de dulzura,  
bajo los pies tendremos la ciudad  
y la siembra, esa zona amorosa de provincia  
que apretabas temblando junto al alba.

No sé cuál es tu hueso ahora, en qué sitio  
de cementerio hostil me oyes buscar  
tus dientes, y habla al azar a tantos  
parientes míos, en la gran fosa tribal  
hay manos que recuerdo, y hago señas  
a una rodilla familiar, a un fémur  
conocido, y a tí o a otro o a cualquier  
cuerpo le digo: Pasen la voz, díganle  
a Juan José, díselo tú a ellos cada día  
a Pedro César que aun lo ignora, avísanos  
de nuevo que esta naranja es tuya,  
que son tuyas las naranjas de la tierra.  
(Hoy, al partirla, ví tu camisa  
goteando en paz tu sangre y tu fortuna,  
cuando toqué sus gajos, te estaba  
abriendo, hasta llorar, los párpados).  
Verás qué hermosa puede ser la patria

restituída al humilde en su combate:  
una patria llena de amor y de naranjas.  
Volveremos al sitio donde el odio  
descargó su furor contra tu sed plural  
y antigua. Volveremos, como resaca  
que la ciudad echó con su vaciante,  
y he de cantar tu nombre, te he de decir  
terrestre, territorio, desterrado.  
Y apenas me pregunto cuántos puntapiés,  
como días de plazo, nos separan.

Los hermanos  
te piensan y lo saben.

Te han enviado,  
como ofrenda frutal y contraseña, tu naranja.

**E D I C I O N E S**

**"DOMINGOS DEL PUEBLO"**

Los "Domingos del Pueblo" son festivales artísticos con los cuales la Casa de la Cultura Ecuatoriana se comunica con todos los elementos activos de la sociedad que no tienen oportunidad de participar en la creación de sus artistas Y en ellos no puede faltar la poesía, el relato, el reportaje y los estudios científicos que servirán de guía para conocer el desenvolvimiento cultural de nuestra Patria.

**PROXIMAMENTE: Poesía de Enrique Noboa Arízaga**